

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8. REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES.

SUMARIO.—La copa de Byron, por don Juan Manuel Marin.—El Oro, por don Joaquin Maria Bartrina.—Recuerdo, poesía, por don Florencio Moreno Godino.—A las señoritas B..., poesía, por don José Castroverde.—Un año menos, por don M. J. Ruiz.—La luz y la sombra, poesía, por don Antonio Lopez Muñoz.—Leila, por don José Castroverde.—Miscelánea.—Charada, por don E. R.

LA COPA DE BYRON.

I.

Se refiere un hecho que por interesante y singular vamos á consignar aquí.

Sabido es que los últimos días de Byron, antes de que la libertad le llevase, engañado con su amor, á encontrar la muerte en Missolonghi, fueron una serie de inacabables orgías. En Byron todo era grande; las orgías también debían serlo. El poeta no cabía en el mundo, y se envenenaba con el ópio del placer.

Sus bacanales suprimieron las palabras *dia y noche*; no reconocían mas que horas, sin descanso, de deleites. Mesas siempre servidas, cubiertas sin cesar y gimiendo bajo el peso de vajillas talladas en los metales mas preciosos; los manjares mas excitantes; los vinos mas preciados; millares de bujías perfumadas; esencias en el ambiente, flores en los manteles, flores en las alfombras, flores en los tapices...

Hé ahí el escenario.

Cada salon de sus diferentes mansiones, era uno.

Y luego, en torno de esas mesas, sus amigos; ¡los amigos de Byron! es decir,

los entusiastas, los poetas, los escultores, los artistas, los pintores, los músicos, los que comparten entre sí, por la gracia de Dios, el poder de las creaciones, y entre ellos mugeres ideales, las primeras bellezas de la Europa; mugeres escogidas, de todas las clases, de todas las cunas; hijas de la naturaleza, cuyos piés habian en su niñez, doblado al césped de la verde Erin; otras que acababan de cruzar, con diadema de duquesa en las sienes, las antecámaras reales de San James ó los parques de Windsor; poetisas, cantatrices, bailarinas; todas jóvenes, alegres, expansivas, muelles, sibaritas, de voces argentinas y lánguidas, de senos de rosas, de libras castelleras, salpicadas de diamantes... y arrastrando seda!

Hé ahí los actores.

Los brindis, los cantos, las agudezas, el choque de los vasos, las risas, el crujir de las espuelas de ginetes y jóvenes oficiales, el abrir y cerrar los abanicos, los besos furtivos, las proposiciones en alta voz, las apuestas, la algazara y la confusión... eran la orquesta. Y hombres y mugeres, amalgama gentil de talentos y hermosuras, todos hermanos ante el Arte y el Amor, se entregaban felices, con los corazones dilatados, sin aguardar á su anfitrión, pero seguros de que los visitaría en brazos de la voluptuosidad y de la dicha. Pasaban las horas, esas otras hermanas blancas y negras, que vuelan sin ruido, llevándose del mismo modo las lágrimas que las carcajadas.

Corrian de mano en mano las copas de plata henchidas de Falerno, de Champag-

ne y de Jerez; la Quimera de la orgía se revolvía invisible por la densa atmósfera aguijando los desbocados caballos de la locura y el deseo.... crecía el estrépito; se triplicaban las antorchas, los candelabros, las arañas, aumentábanse al par los ramilletes y guirnaldas.... y llegado á este punto, todo se olvidaba; la casa, el dueño, los nombres, las ceremonias.... todo.

No habia mas que estruendo y torbellinos. En este instante se levantaba con lentitud un tapiz de púrpura en la sala del festin, y entraba un hombre....

Nadie se apercibia de esta aparicion... Aquel hombre inmóvil en el dintel, cruzado de brazos, derramaba una mirada indescriptible sobre los atronadores y descuidados grupos.... Una estraña sonrisa, rival de la mirada en espresion, serpeaba en sus lábios húmedos, carmesíes, como los de una muger.

Aquel hombre tenía una cabeza, tipo de beldad europea. Aquel hombre era joven, bastante joven aun; pero su blanca faz asustaba; tenia la palidez de los que han de morir pronto.

Aquel hombre era un lord; uno de los primeros nobles de Inglaterra, y algunos años antes habia arrojado con desden su manto de par, para ceñirse la corona de las Musas.

Aquel hombre poseía palacios, quintas, carrozas, amigas, queridas y rios de oro....

Aquel hombre tenia las manos mas perfectas que han existido, objeto de la insensata delectacion de sus mancebas.

Aquel hombre armado de una pistola ó de una espada, era un tirador mortal.

Aquel hombre habia pasado, nuevo Leandro, por un capricho valiente y digno de él, á nado de orilla á orilla, el ancho Helesponto.

Aquel hombre adoraba la equitacion; rigiendo un corcel, no era un ginete, era un Centauro.

Aquel hombre en nada creia; pero sí en la Libertad.

Aquel hombre habia escrito *El Manfredo*, *El Sueño*, *El Corsario*, *Mazzepa*, y *El Childe Harold*.

Aquel hombre meditaba á la sazón el *Don Juan*.

¡Esa obra para la cual no hay juez! Aquel hombre llenaba con su apellido el siglo.

El Amor, la Gloria, el Placer, el Génio, la Riqueza, la Juventud, la Hermosura, le habian declarado su hijo predilecto...

¡y aquel hombre no era feliz!

¡Aquel hombre era desgraciado! Era Byron.

¡Sí, era él! ¡Jorge Gordon Noél Byron, poeta entre los poetas, honor del reino Unido!

¡Nacion afortunada!

II.

El excelso comensal, concluida su rápida y muda inspeccion, se acercaba siempre con su incomprendible sonrisa á la mesa principal.

Entonces podia notarse que cojeaba, aunque de un modo ligero.

Su diestra tocaba en el hombro á cualquiera de aquellos felices locos, ó su voz fresca y sonora saludaba con una flor á la dama mas próxima; aquel contacto ó el saludo, delataban su presencia en la fiesta... y estrepitosas salvas de victores, aplausos sinceros, frenéticos, partian de todos los ángulos: hacíanle sitio, y ocupado por él el lugar preferente disputábanse los mas cercanos. Pronto su rostro pálido y apesarado se inclinaba, quedando como una estatua, sin voz ni movimiento.

Los gritos, el bullicio callaban tambien ante la desesperacion sombría del grande hombre. Las miradas de todos buscábanse de una parte á otra de las mesas, no sorprendidas, pues aquel suceso se repetía de ordinario, pero sí con tristeza, con desaliento. Al fin Byron erguia la frente: ¡estaba transfigurado!

¡Qué hermoso y qué horrible!

¡Su sien ostentaba una nube fatal; su

palidez habia acrecido; sus ojos lanzando siniestros relámpagos de hastío y de sardónica impiedad; la mofa, la ironía, el sarcasmo saltaban á raudales de su boca; y su voz antes pura y agradable, rompía el silencio acre, estridente, amenazadora!

Incapaces de analizarla, los espectadores de aquella escena, traducíansela por expresion de una alegría escéntrica, por una rareza, por cualquier cosa, y animados de esta creencia, daban rienda á la suya comprimida, devolviendo al cuadro febril de que eran parte, las tintas que perdiera....

¡Ciegos! En este estado un nuevo personaje atraía hácia sí la atencion general. Era Fletcher, el fiel, el leal ayuda de cámara.

Colocaba delante de su señor una copa, la llenaba del vino mas puro, y cumplido este deber desaparecia. Todos los ojos pasaban del servidor á la copa, y repetidas señas de interrogacion se cruzaban en todas direcciones.

La copa era ancha, circular, y de una materia dura, tersa y blanca. (1)

Su pié, compuesto de oro y piedras, valía un tesoro. Byron la tomaba é iba bebiendo á pequeños sorbos, y mientras, reia, lloraba, se enfurecía, cantaba, sufría vértigos, se quejaba, llamaba á la muerte y volvía á reir... se entregaba, en fin, á un delirio increíble, cuya causa real de nadie era conocida.

Apurada la última gota, se levantaba el poeta, y salia del aposento.

Ninguno osaba seguirle.

En vano siempre que esto sucedia, tratabáanse de explicar unos á otros el problema de que eran testigos; y fiando al tiempo ó á la casualidad la solucion, acababan por lanzarse con mas brio que nunca á atizar la hoguera de la sensualidad que encandecia sus sentidos.

Confiaban con acierto, el tiempo lo descubre todo.

(1) De esta copa se hace tambien mencion, segun nos han dicho, en un artículo inserto en una publicacion que no conotemos.

Gracias á él, la base del extraño incidente está explicada.

La célebre copa era la parte superior del cráneo de una de las queridas de Byron.

III.

Nueve fueron las amantes preferidas del gran poeta. Elena Stocks, Jemy Krael, Maria Brecknock, Carolina T..., Juana Gacelú, Julia Page, Aglae de Courtange, Aurelia, condesa de Guiccioli, y Margarita Cogni, fueron sus nombres, que la fama ha conservado como un tributo rendido al vate.

Angeles nacidos en la hermosa Albion, en la bravía Escocia, en la ardiente Italia, y en la coqueta Francia. ¿De cuál de ellas sería el fúnebre resto que formaba la copa?

Este es otro problema que aun no está resuelto.

Juan Manuel Marin.

EL ORO.

¡Salve, Dios del mundo! Yo te saludo y me humillo á tus piés.

Yo te venero y te aclamo por señor de los cuerpos y de las almas.

Tú solo eres el móvil de las acciones humanas, tú solo el juez que premias á los malos y arrimas trancazos á los buenos.

Tú dispensas el talento á los necios, tú la virtud á los que no han sido honrados.

Quién pudiera alcanzar una dádiva de tu omnipotencia para ser sábio, virtuoso, y todas las demás zarandajas inherentes á los millonarios.

Quién pudiera hacer que tú me mirases con buenos ojos, para alcanzar fama de justo y de probo.

¡Oro!

Palabra que tiene eco en todos (1) los

(1) Al emplear la palabra *todos* no hablamos en el sentido verdadero de la palabra, sí en el figurado. Apesar de la corrupcion que el oro ha producido aun quedan corazones honrados que no se han contagiado.

corazones, palabra que basta para hacer enmudecer la verdad, para acallar todos los remordimientos, para comprar hasta las almas.

¡Poderoso Satan del siglo XIX!

El que te posee tiene derecho á todo.

Puede mofarse impunemente del desgraciado, puede calumniar torpemente á la virtud, puede enaltecer públicamente al vicio, puede humillar infamemente á la honradez.

Aunque para alcanzar vuestros favores te hayan de vender el alma, no vacilarían en entregarla á mal precio, solo en honor tuyo.

El oro allana todas las dificultades.

El que lo posee no se arredrará ante cualquiera baja solo para añadir un puñado mas á sus talegas.

El oro lo dá todo, todo menos virtud.

Uno de estos millonarios, que hasta negociaran con la vida de su madre, se desdeñará de favorecer con el trabajo á un pobre hombre, que tenga el inconveniente de ser honrado.

El mismo millonario que tal vez haya logrado por medios no muy legítimos, su fortuna, no se rebajará hasta el extremo de dar un pedazo de pan á un desgraciado.

Un hombre pobre se casará con una muger á quien ha amado con toda su alma y nunca la dejará abandonada en brazos del vicio.

Un hombre rico nunca se dignará ni siquiera por compasion (porque aquella no le conoce) recoger á la muger á quien haya deshonrado: por esto vemos la inmensa multitud de mugeres perdidas, en cuya historia siempre se hallan lágrimas y desventuras.

Vemos hoy un hombre, un miserable que acuña monedas con el busto del rey, vulgo moneda falsa; tal vez mañana el mismo hombre por no sabemos qué medios, llega á ser rico, y vereis la transformación que se verifica.

El pillo de ayer tal vez mañana será llamado *Usia*; un año de presidio tal vez le valga una cruz; lo que antes llamaba el

mundo robo, tal vez despues sea llamado *cálculo*, *talento numérico*, y en fin, si en vez de lograr esto no sale de presidio, el justo mundo exclamará:

—¡Qué tonto! si hubiese hecho mas moneda estaría arreglado.

En fin, estamos en el siglo del positivismo; la honradez, la buena fé, la probidad, el crédito van ya felizmente desapareciendo de la sociedad; en cambio y por fortuna, tenemos la estafa, el robo y otros escesos.

J. M. Bartrina.

Reus.—1867.

RECUERDO.

▲.....

¡Cuántas veces sentado tristemente
Del gaditano mar en la ribera
Si trasponer el horizonte al lejos
Miro de un pescador la rauda vela,
Mi pensamiento en ella se imagina
De una hermosa muger la forma esbelta!
¡Cuántas otras, absorto contemplando
La silenciosa luz de las estrellas
En las nubes que cruzan fugitivas
Por esta clara y trasparante esfera,
De una muger la deliciosa imágen
Me figuro tambien! Mi mente inquieta
La presta formas, y color, y vida,
Y siempre pura, candorosa y bella,
Es como tú mi bien, siempre es tu imágen.
Siempre, siempre eres tú, cual te presentas
Ante mis ojos, realidad divina
De mis sueños de amor: es, que incompleta
Mi alma agitada, hasta encontrar la tuya
No recobró su celestial esencia.

Florencio Moreno Godino.

A LAS SEÑORITAS B....

EN SU ÁLBUM.

Seductora y altiva
Se ostenta hermosa,
Del pensil siendo ornato
Fragante rosa.
Llega la abeja
Y al sentir sus espinas;
Velóz se aleja.
Como esta flor galana,
Niñas divinas,
Procurad rodearos
Tambien de espinas,

Y que estas sean
Virtudes, que á las niñas
Las hermostean.

José Castroverde.

Puerto de Sta. María.

UN AÑO MENOS.

Mañana espira el año de gracia de 1867.

Este acontecimiento no tiene nada de original ni de sorprendente, porque viene repitiéndose cada doce meses, mejor dicho, cada 365 días si el año civil es común, ó cada 366 si es bisiesto.

De aquí el que los hijos del padre Adán repitamos con el autor de *El Diablo Mundo*, al oír vibrar en nuestros oídos el eco monótono y prolongado de la última campanada de las doce de la noche del 31 de Diciembre, el siguiente endecasílabo:

¿Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo?

Al mundo nada le importa, es cierto, el paso de los años; porque el mundo, —si por mundo tomamos la máquina armoniosa de la creación, la naturaleza, — no envejece bajo la acción del tiempo, ni éste logra alterar las leyes inmutables por que se rige aquel. —

¿Sucede lo mismo respecto del hombre? De ninguna manera. Cada año que se vá marca para aquel una nueva etapa en la áspera senda que conduce al abismo del no ser; cada año que viene es una especie de mensajero de la muerte, cuya misión no es otra que acompañarle por esa senda hasta que otro venga á su vez á reemplazarle, formando unos y otros esa misteriosa cadena cuyo primer eslabon parte de la cuna, tocando el último en el sepulcro.

Hay en la humana vida una época rica de afanes y misterios, llena de esperanzas é ilusiones en que nos gusta marchar hácia lo desconocido; época en la que, si posible nos fuera, imprimiríamos mayor velocidad á la marcha de ese

fantasma que se llama *Tiempo*, para sorprender lo antes posible los secretos que respecto de nosotros oculta el porvenir ó para acelerar la realización de nuestros destinos en la vida.

Hay otra época preñada de tristes recuerdos y llena de temores en la que el hombre dirige una mirada retrospectiva al siempre hermoso campo de lo pasado, como en demanda de gratas memorias que mitiguen el pesar que destroza su corazón al ver los peligros de que está erizada la escabrosa senda por donde, impulsado por el tiempo, está próximo á descender.

En la primera parece que el tiempo camina lenta y perezosamente y hasta vemos con fruición pasar los años.

En la segunda sucede todo lo contrario. El tiempo vuela con vertiginosa rapidez y solemos ver trascurrir los años con llanto en los ojos y angustia en el corazón.

Y es que el niño anhela ser hombre y que el hombre no quiere morir. Mas claro: que queremos llegar á la plenitud de la vida, y una vez en el goce de ella nos resistimos á entrar en el periodo de decadencia.

Pero el hombre, como los demás seres, no puede rebelarse contra las inmutables leyes por que se rige cuanto existe....

¿Qué es un año? Un grano de arena en el océano sin límites de la eternidad, un átomo perdido en el hervidero de las edades.

Y sin embargo, ese año significa para el hombre lo que para el sentenciado á muerte cada paso que dá hácia el patíbulo.

Y á pesar de esto, ¡con cuánta indiferencia vé pasar los años la mayoría de los mortales!

Así como las grietas son las señales que marcan en los edificios la marcha rapidísima del tiempo, las arrugas en el rostro y las canas en la cabeza son en el hombre los heraldos que pregonan el paso de los años.

Contra estos enemigos de nada sirven la astucia y el valor. Nos persiguen incesantemente, nos estrechan y tras una lucha mas ó menos larga, nos hieren y nos precipitan en el abismo del no ser.

Los años, como las turbias ondas del torrente, no retroceden jamás, y mensajeros de la destrucción destrozan y arrebatan cuanto á su paso encuentran.

Y sin embargo, la muchedumbre vé con aterradora impasibilidad deslizarse los años, y si algo se le ocurre decir cada vez que se realiza este suceso, no es ciertamente otra cosa que esta desdeñosa frase:

—¡Tras este vendrá otro!

Es cierto, porque los años son eslabones de la cadena del tiempo; pero el que se vá no vuelve, y es preciso no olvidar por tanto que cada uno de los que pasan se lleva consigo parte de nuestra existencia.

¡Un año menos! ¡Cuántas tristes ideas trae en revuelto torbellino á la mente esta filosófica frase!

Pero la humanidad, que si de algo peca es de positivista y que se cuida muy poco de cierta filosofía, repele aquellas ideas si alguna vez vienen á sorprenderla en la orgía de los placeres, contentándose con exclamar:

—¡Ruede la bola! Ó lo que es igual: ¿Qué nos importa un año menos?

M. J. Ruiz.

LA LUZ Y LA SOMBRA.

BALADA.

I.

Gozando con sus amores
Y contemplando una rosa
De purísimos colores,
Está en medio de las flores
Cantando una niña hermosa.

—
Vela el rizo destrenzado
Su pecho de blanca nieve,
Y el céfiro enamorado
En su lábio perfumado

Aliento de rosas bebe.

Rosas lleva en la mejilla,
Claveles sus labios son,
Y en sus negros ojos brilla
Serena, pura y sencilla
La imagen de su ilusión.

—
La luz del alba riente
Colora la azul esfera,
Y allá en el lejano oriente
Brilla un sol resplandeciente,
Como el sol de primavera.

*

* * *
Mas ¡ay! los años vinieron
Y la ilusión marchitaron
Y el desengaño trajeron....
Las rosas palidieron,
Que á la niña hermosearon.

II.

Recordando sus dolores
Y contemplando una rosa
De ya marchitos colores,
Está en medio de las flores
Llorando la niña hermosa.

—
Pálida, cual su color,
Y triste, cual su fortuna,
Callada, como el dolor,
Solitaria, cual su amor,
Alzándose vá la luna.

—
Murió la ilusión querida,
Que dicha en el alma vierte:
Por eso tiene, afligida,
No las rosas de la vida,
Sino el color de la muerte.

—
Vió la aurora su pasión,
La noche miró su daño....
Siempre llega al corazón
Tras LA LUZ de la ilusión
LA SOMBRA del desengaño.

Antonio Lopez Muñoz.

LEILA.

TRADICION ANDALUZA.

(Conclusion.)

III.

—Pronto, Omar, pronto, ensilla tu mejor caballo, toma diez hombres, y muerto ó vivo traéme aquí á todo el que vieres por estos alrededores. ¡Por Allah

que si me dejas escapar uno solo, te descuartizo para que tus restos adornen mañana las altas almenas y sirvan de ejemplo á los que no me obedezcan fielmente.

Así se espresaba el walí Amer-Hairan, paseando sus aterradores ojos sobre su interlocutor en el piso bajo del castillo.

—Ah! perros cristianos! habeis llevado el maldito influjo de vuestra religion hasta corromper á mi hija? Pues morirá ella, y ¡por Mahoma! el infame que piensa gozar con ella las delicias del Eden tambien morirá, pero ahorcado por los piés, para que su agonía se prolongue tanto como estoy sufriendo; y despues, oh! despues.... hasta allí donde ningun muslin osó poner su planta, llevaré mis vencedoras huestes y talaremos los campos de esos infieles, les robaremos sus mujeres, y veremos si el hijo de Maria y de Yusuf el carpintero es bastante poderoso para evitar la desolacion de los templos donde es adorado.

IV.

Una hora despues la hermosa Leila, gimiendo y suplicante, yacia arrodillada á los piés de su irritado padre.

—Señor, decía; mucho tengo que agradecer á vuestra bondad y deseara obedeceros, padre mio; pero mi religion me enseña á no mentir. Debo confesaros toda la verdad. Soy cristiana.

—¡Qué escuchó! ¿Con que es cierto? Dime que he oído mal, dímelo.... porque si no.... ¡ay de tí!... Y ese mal musulman, ese perro infiel que ahí ves maniatado, mañana podrás contemplarle á tu sabor columpiando su gallardo cuerpo en el espacio.

—¡Ah señor! perdonadle y castigadme á mí: yo sola soy la culpable.

—No es cierto, dijo con ronca voz el prisionero. Yo tambien soy cristiano. Tú me lo has enseñado: «el cristiano debe adorar á Dios y confesarlo donde quiera sin temor alguno, porque el que reconciere y proclamare á Dios delante de los

hombres, merecerá ser reconocido por Él ante los ángeles del cielo.»

—Llevalle y ejecutad mis órdenes, clamó el vengativo walí.

—¡Padre mio! perdonadle por la memoria de mi madre; pero nó, nó, la palma del martirio le espera. Adios, mi adorado Almanzor... hasta el cielo... porque yo tambien voy á morir, dijo con voz desfallecida; mas moriré confesando que... creo en el Dios... de los cristianos. ¡Ay! ¡yo muero! ¡Virgen María! dijo apretándose con ambas manos el corazon.

Una palidez súbita cubrió su bellissimo rostro, y besando trémula y espirante la pequeña cruz cayó de espaldas como herida por un rayo.

V.

Y cuenta la tradicion que mas de un cristiano de los muchos que ocultos residian en aquella comarca, vieron elevarse desde allí donde el desesperado walí aun se retorcia de furor, una luz de vivificantes resplandores, que se perdió en la inmensidad del espacio, haciéndoles presentir que no estaba lejano el dia en que la vivificadora y ardiente llama de la fé, inflamando el magnánimo corazon de un católico rey, les dejara ver sobre aquella almenada fortaleza, triunfante el simbolo de nuestra Redencion.

Sus presentimientos no les engañaron.

Los piadosos impulsos de un alma verdaderamente encendida en el amor de Dios, no mienten jamás.

Dos años despues sobre una almena de este castillo se apareció la Reina del cielo al católico don Alfonso, anunciándole que triunfaría de los sectarios del Profeta y ordenándole diera á aquella poblacion el nombre que hoy lleva de Puerto de Santa María.

José Castroverde.

MISCELANEA.

En otro lugar insertamos una de las lindas poesias con que ha tenido la amabilidad de favorecer-

nos el tierno y delicado poeta Florencio Moreno Godino, que permanece aun en esta capital. Las páginas de EL TESORO están siempre abiertas para el señor Moreno Godino.

En la calle del Cister—se publica un papelucho—pequeño como otros varios,—pero necio cual ninguno.

En el próximo número empezaremos à insertar la coleccion de artículos que con el título de *Fantastías* nos ha remitido el jóven y distinguido escritor jerezano don Juan Manuel Marin, cuyas *Miniaturas históricas* tanto han agradado à nuestros lectores. Y ya que nos ocupamos de los trabajos del señor Marin, recomendamos la lectura del artículo con que encabezamos el presente número, debido tambien à su fácil y elegante pluma.

Ciertos padres de familia
que yo conozco de mas,
quisieran se suprimiese
la Pascua de Navidad.

Ha comenzado à publicarse en Madrid un papelito que ha tenido la original ocurrencia de llamar al periodismo *charco de inmundicias*. Cuando al susodicho papelito se le ocurrió tan peregrina idea debia estar pensando sin luda en otro papelito que tal vez por no conocerse à sí mismo ha dado en la mania de calificar de tonto à todo bicho viviente. ¿Me entiendes, Fabio...?

¿Qué es una declaracion de amor? Oigamos à las mujeres.

La coqueta.—Una moneda corriente que todos los días cambio.

La desdenosa.—Un ramillete que se deshoja.

La jamona.—El toque de rebato que despierta mis caprichos.

Una vieja.—Los acordes de una música cuyas notas he olvidado.

La ambiciosa.—Una oferta que rehusó si no viene acompañada de buena posición.

La solterona.—Una solicitud que deseché en otro tiempo, pero que ahora admitiría.

La romántica.—Una flor cuyo aroma enardece.

La gazmoña.—Una libranza que satisfaré segun las señas del portador.

Una casada.—El manjar prohibido.

Una v iuda (hojeando à Espronceda).

¿Por qué volveis à la memoria mia,
tristes recuerdos del placer perdido?
Si nada de esto nos satisface, oigamos à los hombres:

Un pollo.—Los primeros proyectiles que abren ancha brecha en el corazon mas duro.

Un calavera.—Una palabra de escaso efecto, si no la acompaña la audacia.

Un agente de bolsa.—El alza ó baja del corazon.

Un áuriga.—Una carrera por sitios estraviados.

Un don Juan Tenorio.—Mi pan de todos los días:

Un poeta.—La expansion del alma y del bolsillo.

Un cómico.—Un paso de comedia.

Un comerciante.—Un pagaré que recogeré segun lo que arroje el dote de la tenedora.

Un filósofo.—Una necesidad.

Un viejo.—Un memorial que siempre me rechazan à no ir sellado por la fábrica de moneda.

Un banquero.—Un crédito contra mi caja à favor de cintas y miriñaques.

Un diplomático.—Los preliminares de un tratado à cuya observancia no doy crédito.

Un casado.—Mi primer tropiezo.

Un escéptico.—Una mentira en pos de otra mentira.

Solucion à la charada inserta en el número anterior:

PALOMA.

CHARADA.

Mi primera con segunda
es de un doctor apellido,
y hace curas en la córte
sin tener nada de obispo.
Tambien es tiempo de un verbo
muy sanguinario y temido,
y está en tercera persona
de presente indicativo;
y à mas, si vas por la sierra
en plural causa fastidios.
Con la cuarta y la primera
corte extranjera te indico
y un género de nariz
poco agraciado su tipo.
Cuarta y segunda una villa
y un tribunal... mas no digo;
y de prima, tertia y cuarta
hago tablas y altos pisos.
Y mi todo es un local
do se lucha como en circo,
y es escuela al mismo tiempo
del mas arriesgado oficio.

E. R.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de El Guadalquivir, Pescadores, 17.